

La singular trascendencia del vino

FERNANDO OJEA

Trama y Fondo

The unique significance of wine

Abstract

We will begin with a history of wine in our culture, passing through Greek, medieval and the so-called modern age; through this, we will try to decipher the social characteristics of wine consumption, and its symbolic relevance in each period we have mentioned. In the second part, we will abandon all historical diversities to focus on today's world, on its everyday life, and from there, we will try to understand the incomparable transcendence that wine consumption offers.

Key words: History. Transcendence of wine today. Overflow.

Resumen

Comenzaremos con una historia del vino en nuestra cultura, pasando por la griega, el medioevo y la denominada edad moderna; se tratará, a través de ello, de descifrar las características sociales del consumo de vino, y su relevancia simbólica en cada una de las épocas que hemos señalado. En una segunda parte, abandonaremos toda diversa historicidad para atenernos al mundo de hoy, a su vida cotidiana, y, desde allí, intentaremos comprender la incomparable trascendencia que el consumo de vino depara.

Palabras clave: Historia. Trascendencia del vino en la actualidad. Desbordamiento.

ISSN. 1137-4802. pp. 33-40

Atendrémonos, para comenzar, a un escenario de interioridad compartida, a ciertos momentos excepcionales –no obstante su costumbre– donde el hombre, a la vez que desde su más íntima soledad en compañía de otros, *deja de mentir*. Donde parece encontrar sin esfuerzo sus misteriosas raíces. Donde brilla, en suma, la verdad. ¿A qué excepcional acontecimiento nos referimos? Para acercarnos de inmediato a él diremos que se trataría, por insólito que parezca, del ritual de una bebida: *el vino*. Intentemos, ante todo, un breve recorrido sobre el marco histórico de su consumo.

El consumo social del vino está a menudo relacionado con la fiesta. El concepto de fiesta es desde ya, con sus ceremonias, calendario, etc.,

mucho más amplio que el del puro beber en común; beber que suele ocurrir con conocidos, para pasar unos momentos donde domina el jolgorio y una suerte de exaltación que rompe la continuidad de lo cotidiano. Pero, así como la bebida no es necesariamente ineludible para el desarrollo de la fiesta, ésta suele llevar consigo el consumo de vino. A continuación, en fin, no hablaremos del vino enmarcado en el amplio concepto de *fiesta* sino, sencillamente, como reunión informal sin otro objetivo que el de expandir los sentimientos en común y, como se dice, de “pasarlos bien”. Cuál sea la característica de ese “pasarlos”, es lo que perseguiremos; y de que manera el episódico momento de vivirlo se halla íntimamente relacionado con nuestra *condición natal*, es lo que en definitiva pretendemos captar.

El ocasional consumo de vino nos muestra la búsqueda, a menudo huidiza, de trascender la precaria continuidad de nuestra vida para abrirnos a una dimensión que nos desborda. Dimensión puramente lúdica, ya que no se empeña en el logro de objetivo concreto alguno, y la intimidad con la propia vida deciede a un escenario original. Escenario cancelado, al cabo, sin aparente consecuencia alguna. Escenario de inocencia y desamparo. Y escenario, en fin, de una curiosa expansión de nuestro espíritu y del asomo de una inquietante libertad. Tal y como lo que experimentamos al acceder al mundo por primera vez; acceso que permanece escondido en nuestra adulta cotidianidad, siendo despertado episódicamente por el estímulo maravillado del vino.

Comencemos, a continuación, con un breve repaso sobre la costumbre de la bebida en la antigüedad clásica, en el cristianismo y en la modernidad, para detenernos al cabo en el presente.

Sabemos que, en el origen histórico de nuestra cultura, el vino se hallaba íntimamente ligado a las costumbres de la grecia clásica y que continuó en las romanas. Ocurrencia de los dioses para entretenimiento de los mortales, su consumo daba la oportunidad de una tregua evasora; tregua que parecía conducir a esos mortales más allá del limitado devenir al que se hallaba sometido nuestra condición finita. La disposición habitual del espacio se ensanchaba, las cosas parecían brillar con un inédito fulgor; el tiempo, por su parte, quedaba en suspenso a raíz de un encantamiento que nos elevaba, con una libertad desconocida, a una experien-

cia desbordante. Podríamos determinar a este efecto provocado por el vino como el de una *expansión* y una *trascendencia* excepcionales de la propia vida y de su mundo. El consumo del vino abría una dimensión exaltada de gozo, seguida de cierta desorientación y de una inusual expresividad; podría, en fin, desembocar también en una suerte de desatada locura que provocaría la burla compasiva de los demás.

Los dioses, dada su condición de inmortales, no tenían razón alguna para acudir al consumo de vino. El vino se limitaría en ellos al deseo de entretener la trágica rutina de los mortales, permitiéndoles saborear la ilusión de haber avanzado un escalón superior en su existencia. El consumo de vino, en fin, conducía a los mortales a una apertura maravillada y –como ya hemos señalado– a una suerte de arbitraria libertad; libertad que excedía, con su estímulo, la frágil precariedad de nuestra condición. Esa apertura y esta libertad señalan la relación de los efectos de la bebida con el escenario propio de los dioses, es decir, con el haber trasladado, así sea momentáneamente, nuestra propia vida más allá de los límites impuestos por su finitud.

En pleno auge del imperio romano aparece el cristianismo, que cambia radicalmente el sentido de nuestra existencia temporal. Tras la indefinida circularidad de la antigüedad clásica, el tiempo se convierte en rectilíneo; ahora tiene su mira en un fin que garantizaría, tras el sacrificio y la resurrección del Dios hecho hombre, la absolución del pecado original y consagraría la promesa de salvación eterna tras la muerte. Pero señalemos aún la importancia de la cultura del vino en el propio cristianismo. Acudamos para ello a un singular acontecimiento: las bodas de Caná donde Jesús, a requerimiento de su madre preocupada por la escasez de bebida, da la orden de llenar de agua unas tinajas cuyo contenido se convierte inesperadamente en vino. San Juan declara en su evangelio que, a raíz de ese milagro, Jesús manifiesta su gloria. Aquí tenemos, de manera clara, la elección del vino con cuya sorpresiva aparición la divinidad de Cristo derrama su gracia para estimular la convivencia festiva entre los hombres. Es decir, la relación entre la deseada bebida y la deliberada acción divina del hijo del hombre. Relación que más tarde tiene lugar, con mayor rotundidad, en la eucaristía, donde el vino se convierte en la propia sangre de Jesús.

Apuremos históricamente el tiempo. Tras la Edad Media, donde aún dominaba la articulación cristiana de toda existencia simbólica, comienza, poco antes del siglo XVI, el camino de la más pura racionalidad. Para Descartes, acaso el más destacado pensador en los inicios de la modernidad, Dios –es decir, lo divino– sólo aparecería ahora como trascendente *garantía* de todo cuanto el hombre pudiese saber acerca de sí mismo (*res cogitans*), y, desde ya, de su mundo exterior (*res extensa*). Comienza, pues, el dominio de la subjetividad. En el XVIII, tras más de dos siglos de la irrupción de la ciencia moderana con Galileo, la igualdad y con ella el progreso de la sociedad política eran proclamados. El hombre se comprende a sí mismo como forjador de su propio destino sobre la tierra. Lejos de todo antiguo tiempo circular se retoma, a la manera del ya antiguo cristianismo, el rectilíneo; pero, esta vez, con un contenido substancialmente novedoso: el de un finalismo en manos de nuestra privilegiada elección. La razón, concebida en la antigüedad clásica y más tarde en el cristianismo aparece, ahora, como diosa indeleble cuyos descubrimientos nos llevaría al dominio del universo. El desarrollo científico, el ideal de progreso y, en fin, el acontecimiento de la revolución social del siglo XVIII, irrumpen con su mayor vigor en la historia. Y bien ¿cómo tendría lugar, en el moderno momento histórico del que estamos hablando, la cultura del vino? Diríamos que su consumo conduciría a una exaltación del todo inédita: el embriagado acceso a infinitas capacidades del hombre y a la trascendencia de un maravillado porvenir. Esa exaltación, en fin, se prolongaría hasta hace pocas décadas anteriores a nuestro propio presente.

Acudamos, pues, a ese presente. Es hora de preguntar ¿qué sucede hoy con la cultura del vino? ¿Persiste aún esa locura finalista de la modernidad a la que el vino no dejaría de exaltar degustando el camino hacia un nuevo mundo maravilloso? No. Desde mediados del siglo pasado se ha acabado ese sueño, y, con él, el deseo de abrirse a una embriagada esperanza, a una excepcional amplitud y desbordamiento de nuestra precaria condición; ya no hallamos consistencia alguna en esos instantes privilegiados que el jolgorio del vino nos concedía en el escenario de una divinidad. ¿A qué se debe este cambio substancial?

Intentemos situarnos un momento en lo que el sentido de *toda cultura del vino*, al margen de sus características históricas, parece buscar: y es el

hecho decisivo de que el afán de su bebida se encuentra íntimamente vinculado con nuestra propia condición. El vino parece siempre trasladarnos ante lo que se esconde tras el pálido suceder de lo cotidiano y de su pura continuidad sin brillo; trasladarnos, pues, a una excepcional amplitud del mundo y al misterio de nuestro existir en él. ¿De qué manera, entonces, nuestra época parece haber abandonado ese escenario sagrado, ese acceso a lo maravilloso que sólo aparece, hoy, como un arbitrario episodio sin consecuencias? ¿En qué se habría transformado nuestra existencia en el mundo para llegar a ello? Esta existencia está dominada hoy por la tecnología, que nos absorbe en su engranaje como un elemento más de su proceso. ¿Qué nos queda, pues, de la propia vida, sino el hecho de seguir viviendo, de adaptarnos sin cesar a un desarrollo programado que nos solicita para proseguir su destino? El proceso de la técnica, que desde nuestra aparición en el mundo no habría tenido otro objeto que el de utilizar sus recursos para nuestro beneficio, ya no pertenece al hombre, es éste el que pertenece a él. Hemos sido succionados por el engranaje de su continuidad sin término. El secreto de nuestro destino sobre la tierra parece haberse extraviado en la vehemencia de una artificial manipulación de aplicaciones ajenas a todo estimulante horizonte que no sea el de su siempre efímera novedad. De tanto en tanto, nos da el aire de estar dominando el mundo, cuando éste ya sólo pertenece al designio de la técnica, y nosotros, en calidad de entregados seguidores, a ella. Esto puede ser, sin duda, beneficioso para el futuro del mundo, pero no para el destino del hombre.

Estando las cosas así ¿qué lugar tiene en las sociedades de hoy el consumo de vino? Con el vino, aún aparece en nosotros el lado exaltado y a la vez oscuro de aquello en que consiste nuestra propia existencia. Esa exaltación, según ya sabemos, ha variado históricamente, y así, habiendo pasado de la presencia de los dioses griegos hasta la idolatría de la razón y del progreso, termina, hoy, como una suerte de grito ahogado ante la programada servidumbre en que vivimos; grito que suele asomar, en numerosos jóvenes de hoy, como un botellón sin dioses. Tregua efímera en la que no se habría hecho más que saborear, con desencanto, una ya debilitada amplitud y una inconsistente trascendencia. El haberse dilatado por un momento la existencia no es más que una pausa exaltada que muy pronto despertaría a una mera continuidad sin brillo hasta la muer-

te. No han comparecido los antiguos dioses, ni la promesa cristiana de salvación eterna, ni las consignas de ninguna entusiasta teleología. Sólo queda la huella de un ocasional entretenimiento.

Vistas así las cosas, insistamos en preguntar ¿qué tipo de experiencia podría facilitar hoy el vino más allá de la debilitación de toda trascendencia? ¿Qué tipo de experiencia si, tras la exaltación y el jolgorio provocados por su bebida, sólo se regresa a nuestra anodina condición? Acerquémonos más a ello. Tomemos una simple frase a que se suele acudir, entre amigos o conocidos, después de haber degustado el vino y padecido sus efímeras consecuencias. La frase suele ser: “qué bien lo hemos pasado”. ¿Qué puede significar esto? Veamos. Se dice: “que lo hemos pasado”. Ello sólo atestigua un momento donde habría tenido lugar la bebida y sus efectos; algo, entonces, donde toda ilusión estaría, al cabo, destinada a desaparecer y a recordarse como una fuga estimulante de nuestra banal condición. Pero la frase completa también incluye un “qué bien”. ¿Y en qué reside ese “bien”? Todo parece apuntar a que la experiencia despertada por el vino habría seguido siendo la de una excepcional expansión ante el mundo, ante los demás, y ante uno mismo; y que, con ello, así sea momentáneamente, la degustación de una enigmática trascendencia. Pero ¿qué tipo de trascendencia se habría vivido, atribuyéndole el simple complemento de “haber estado bien”? Si pudiésemos articular una respuesta a ello diríamos que se trataría de la irrupción, habitualmente escondida, de un efectivo desbordamiento. Es verdad que suelen suceder, en nuestro cotidiano ir por la vida, innumerables experiencias de plenitud “análogas” a la que produce la bebida. ¿No nos ocurre, acaso, en determinadas circunstancias, sentir que nuestras posibilidades se ensanchan y que una extraña trascendencia se alza con un fulgor excepcional? Pero lo singular del consumo de vino no consiste en ello: no persigue resultados en el mundo, ni una acción que enalteciese nuestra vida y alcanzase con ella determinada plenitud. El consumo de vino es algo puramente festivo, un hecho sin pretensiones que no va en pos de ningún fin, pero que *encuentra*. No busca, como lo haría en la organizada sobriedad de nuestra vida, resultado alguno; no busca pero, y dicho una vez más, encuentra. Y lo que encuentra no es otra cosa que la dilatada presencia del mundo como escenario de un festivo misterio. ¿Pero no sucederá entonces, con el consumo de vino, el fugaz encuentro que *late* ya

desde siempre en lo más profundo de nuestra existencia? Beber vino no se limita a una mera tregua de jolgorio seguida de cierta desorientación, para desembocar, al fin, en una suerte de inofensiva locura que sería motivo de burla para los demás, No. Esa milenaria y aún presente cultura nos lleva, en cambio, a descifrar un acontecimiento formidable. Y es que el vino produce un alejamiento momentáneo de nuestra limitada y por eso finita condición; ese alejamiento, digámoslo de una vez, no hace sino dejar en suspenso la muerte, actualizar la experiencia de su pausa. El escenario de los dioses parece haber entonces comparecido, permitiéndonos acceder al desafío mismo de la muerte. Muerte cuyo angustioso sentimiento habría de retornar, con la resaca, a nuestra cotidiana precariedad, al derrumbe de toda trascendencia; o, si se quiere, a la indiferente continuidad de una vida aceptada con resignación. Pero el vino, a su manera, lo habría eludido en sus privilegiados momentos. Su bebida habría hecho jóvenes a los viejos y niños a los jóvenes; habría provocado así una suerte de huída hacia adelante hasta acceder, por fin, a un estado análogo al del propio *nacimiento*, a esa inocencia del bebé que acaba de asomar, embriagado, al incommensurable horizonte donde todo resulta posible. Dicho lo mismo con otros términos –ser o nacer– en que ya nos habríamos empeñado: el rutinario dominio del ser accede a la embriagada trascendencia del nacer.

Pero ¿es que acaso no hay una pasión de vivir que esfume las tinieblas de la muerte, una liberación que la exceda y que grite a plena luz? ¿O con la experiencia maravillada que parece procurar el vino sólo habríamos paladeado un momento efímero carente de sentido? ¿Más si no fuese así, si el haber dejado en suspenso la muerte nos revelase, en cambio, el acceso efectivo a un enigmático desbordamiento? Y, en este caso ¿habrían asistido dioses en ese desbordamiento? ¿Habrían acaso aparecido dioses que custodiasen, más allá de la anodina rutina de nuestra vida, el puro desamparo de nuestra condición –inocente desamparo del venir al mundo, del estrenarse en esa embriagada apertura que aún en la madurez persiste, indecible, en la memoria de nuestro corazón–? ¿O todo ese desbordamiento ocasionado por el consumo de vino no habría hecho más que dar rienda suelta a una inútil imaginación sin consecuencias? Una cosa es segura, y es que somos un “entre”, entre la tierra y el cielo, entre la mismidad de la mera constancia y la locura de la trascendencia, entre nuestro cuerpo biológico y la inédita aventura de nacer. Más allá de ello,

no sabemos nada. ¿Pero no nos ayudaría, acaso, la milenaria cultura del vino a saber algo más?

Hemos señalado una frase a que suele acudirse tras el consumo del vino: “qué bien lo hemos pasado”. La frase dice “qué bien”, pero dice además que ese momento realmente pasó, que tuvo en efecto lugar; aunque sólo haya sido posible articularlo tan escuetamente. La simpleza de la frase, su imposibilidad de manifestar más explícitamente su sentido, exhibe la excepcionalidad maravillada de lo que pasó. ¿No se habría accedido entonces al misterio, a un recóndito secreto cuya comprensión se nos escapa? Y en efecto: lo que viene a nuestro encuentro y al mismo tiempo se retira es el rasgo fundamental de lo que llamamos misterio. Pero el misterio pertenece a la divinidad. ¿Habrían asistido, pues, dioses durante el consumo de vino? Sí, lo habrían hecho, siempre que lo divino, en su deslumbrante irrupción, se hubiese mostrado como la *apertura incomparable del nacer* que nunca habría dejado de *concernirnos*. Algo que nos desborda a la vez que nos designa e implica. Embriaguez que exalta lo insospechado en el límite de nuestra propia condición.